

que le rodean? Sí, ciertamente; pero no es este el sentido que encierran estas palabras. Desea llenar sus entrañas el pecador de la inmundicia, y nadie se la da. ¿Qué quiere decir estas entrañas? Esto indica el alma, esta parte interior tan noble por su origen como por su naturaleza; ella se degrada y se envilece hasta el extremo de desear el estado de las bestias; quisiera compartir sus placeres y tener la misma dicha que los brutos, y esto no la es posible: *et nemo illi dabat*; ella se envilece lo bastante para llegar á ese punto por sus deseos; pero estos deseos infames no podrán extinguir su naturaleza espiritual y tan elevada sobre la materia; cuanto más se acerque á estos placeres, tanto más hastío sentirá, tanto más arrojará de sí con desden todo aquello con que queria abrevarse: *et nemo illi dabat*. Hé aquí una explicacion; pero aún hay otra: quisiera el pecador encontrar su dicha, como el bruto, en los placeres carnales, pero esto le es imposible; el bruto se harta en realidad cuando sigue su instinto brutal; pero el hombre, que es de una naturaleza celestial, que está hecho á la imágen de Dios, no puede satisfacerse en la corrupcion. Y de aquí sucede que, no sólo se pone á nivel con el bruto, sino que se envilece mucho más que él; porque tiene un espíritu capaz de pensar y un corazon recto. Inventa, imagina siempre algun nuevo placer; él solo perturba el órden de la Providencia, él solo se desarregla en el universo; y despues de haber cometido los excesos comunes y ordinarios, busca otros extraordinarios, monstruosos y acaso imposibles; pero por mucho que quiera degradarse, jamás encontrará medio de hartarse con las indecencias de la carne: *Cupiebat saturare... et nemo illi dabat*.

Ya llegó, pues, el hijo pródigo al último grado de iniquidad. ¡Estado fatal y desgraciadamente demasiado comun en nuestra edad! Detengámonos en él, pues el pecador no tiene fuerzas para pasar más adelante; si habeis

tenido la desgracia de seguir las huellas de ese pobre jóven en sus yerros, seguidle tambien en sus lágrimas con que llora sus pecados, y es la

SEGUNDA PARTE.

Si el pecador, reducido al estado de envilecimiento y de miseria se endurece en el pecado; si, en vez de levantar sus ojos al cielo, dijese en su corazon: «He llegado al último grado de iniquidad, y quiero perseverar en él; beberé la copa del tósigo hasta las heces; buscaré mi alegría en mi oprobio, mi consuelo en la esperanza de atraer á mi compañía á otros desgraciados,» sin duda estaba perdido como esos pecadores endurecidos y excluidos del cielo por su incredulidad. Pero no siempre prevalece el pecado sobre la gracia, y por más que el pecador se aparte de Dios por sus vicios, siempre queda en él algun vestigio del espíritu divino; pues éste, al retirarse del corazon humano, va dejando algunos destellos de luz, así como el astro del dia va abandonando por grados el hemisferio, hasta que, alejado del todo, envuelve el mundo en un caos tenebroso, pero dejando siempre en él las impresiones de su fuego abrasador é iluminador.

Si el jóven pródigo hubiese seguido las máximas de la incredulidad, ya se habia consumado su perdicion; pero no lo hizo así, dice el Evangelio: volvió en sí, *in se reversus*, y considerando su miseria, se acordó de su padre, y volvió á él. Sigamos sus pasos. ¿Qué medios condujeron al pecador á su Dios? Dos, amados míos. Consideró su estado, y se humilló y arrepintió. ¿Y qué hizo su padre? Lo recibió en su amistad y lo vistió con la ropa de la inocencia, convidándolo á su mesa para que tomase nuevas fuerzas en el techo de su padre.

La consideracion de sus pecados fué el primer medio por donde el pródigo empezó á venir á su padre. Sí, amados míos; hay en nuestras almas un retiro profundo, un santuario, donde Dios nos habla, y donde Él derrama sus luces divinas. Miétras estamos en esta soledad y nos unimos al Señor, conservamos el gusto de la verdad, el movimiento y amor de la virtud, la nobleza de nuestro sér, el horror del pecado, y cuanto nos da derecho á la eterna felicidad. Pero si nuestra alma sale de este lugar recóndito, derramándose en los objetos exteriores, se olvida de sí misma, como se ha olvidado de su Dios, se extravía, se pierde, sin que la quede otro recurso que el volver á su centro y seguir las luces de la gracia, que siempre le persigue; si así lo hace, luégo encuentra á su Dios, y esto nos indica el Evangelio: *In se reversus*. Este es, amados míos, el efecto de la predicacion evangélica; ella saca á los infelices pecadores del letargo de sus vicios, trayéndoselos á la memoria; ella hiere el corazon perverso, pues la palabra de Dios es viva y eficaz, dice el Apóstol, penetrante como la espada de dos filos, y que llega hasta dividir el alma y á descubrir los pensamientos más ocultos del corazon; y este es nuestro ministerio, amados oyentes, deciros vuestros extravíos, indagar vuestros errores para atacarlos, manifestaros la verdad, aunque se oponga á ello el infierno; y si así no lo hiciésemos, nos condenaríamos. ¡Ah! ¿Vendremos á esta sagrada cátedra á lisonjear vuestros vicios? ¿Vendremos á contemporizar con vuestras pasiones? ¡Oh! ¡No permita el cielo esta culpa en nosotros! El nos argüiría en su tribunal, y este sagrado traje nos reprendería. Oid, pues, ¡oh pecadores! la voz del Señor, que os llama por medio de éste su ministro indignísimo; entrad en vosotros como el pródigo, y con la consideracion de vuestras miserias os despertareis del sueño del pecado.

Este fué el primer paso del hijo rebelde, y luégo em-

pezó á marchar por el camino de la salud eterna. Se considera á sí mismo, se acuerda de la vida dulce y alegre que pasaba en casa de su padre, y comparándola con la que ahora tiene: «¿Qué es esto? dice; ¿es posible que me vea devorado por la miseria? ¡Oh y cuántos esclavos abundan de pan en casa de mi padre, y yo perezco de hambre!» ¿Os atreveréis á decir ¡oh pecadores! que no morís de hambre? ¿Nos asegurareis que vuestra alma no está privada del verdadero alimento? ¿De qué vivís? De ilusiones, de vanidades, de placeres falsos; traed á vuestra memoria las dulzuras que gustábais en los días de vuestra inocencia: acuérdate, jóven iluso, de que Dios te ha favorecido de un modo muy particular, de que te ha dado un alma noble y generosa, talentos distinguidos, con que acaso resplandeces en el mundo; considera las amarguras que te roen el alma, las penas que te acarrearán tus desórdenes, los desvelos y fatigas que ocasiona en tí la vergonzosa tiranía del demonio; compara tu estado con el de esos pobres ignorantes, á tu parecer; con el de esas almas, que oyen la palabra de Dios con corazon sincero, con fruto y consuelo, miétras tú no conoces sino las dudas y la incertidumbre, y verás que eres un ignorante desgraciado, pues no sabes los puntos esenciales de tu creencia: *Quanti mercenarii*, etc. Pero no basta considerar: es necesario humillarse; es preciso decidirse á ir á ver tu padre, como el pródigo: *Surgam*. «Sí, me levantaré. ¡Ah! dice mirando alrededor de sí mismo; yo cometí la presuncion, la ingratitud, la insensatez contra mi padre; me degradé hasta olvidarme de la nobleza de mi origen; pero ¿qué animales tan viles son éstos que me rodean? ¿Qué alimento es éste que debo compartir con ellos? ¿Qué andrajos cubren mi cuerpo, acostumbrado al regalo de mi padre? ¿Qué tirano es este, á quien no debo sino las cadenas de mi esclavitud? Romperé, pues, estos lazos que me aprisionan, venceré todos los obs-

táculos, me sustraeré á la cruel vigilancia de este verdugo, saldré de este lugar indigno de mi nacimiento y de la educación que me dió mi generoso padre: *Surgam et ibo ad patrem meum.*

¡Oh, amados míos! ¡Cuántas veces habeis dicho estas palabras! ¡Cuántas veces, padre de familia, al ver la miseria á que has condenado tus hijos por tus dilapidaciones, al considerar las lágrimas que has causado á tu esposa por tus adulterios, al ver tu miseria y necesidad, has dicho: «Voy á mudar de vida!» *Surgam.* ¡Cuántas veces, mujer profana, al verte envuelta en los sinsabores de tus intrigas criminales, acusada por los remordimientos de tu conciencia, atribulada por los desengaños de tus amantes que te han suplantado, has dicho en tu corazón: «Voy á ser fiel á mi Dios y á los juramentos que profesé ante sus altares!» *Surgam.* ¡Cuántas veces, hombre libertino, al verte postrado en ese lecho á donde te condujeron tus desórdenes, al verte sin consuelo en tus desarreglos, has dicho al Señor: «Voy á servirte en justicia y santidad!» *Surgam.* ¡Cuántas veces, hombre incrédulo, falso dogmatizador, corruptor de las almas, al verte agitado de dudas, sin creer nada, sin esperar nada, has dicho en tu interior: «¡Oh, no! no es posible que Dios haya cifrado su gloria en criar este mundo material tan solo; es preciso que haya otro donde se castiguen las injusticias y los crímenes que aquí quedan impunes; otro mundo en donde se manifieste la verdad y sea coronado el justo que aquí fué perseguido; no es posible que Dios sea injusto; no es posible que no haya Providencia. ¡Ah! ¡Yo he estado en el error, voy á romper con el mundo, voy á abandonar las doctrinas de mi incredulidad!» *Surgam.* ¡Cuántas veces, jóven desenvuelta, llorando los efectos de tu vida relajada, viéndote engañada y sin honor, hecha el oprobio de tu vecindad por tu desgracia, la fábula de la sociedad por tus locuras, apartada de Dios y

de tus padres por seguir una vida profana, has vuelto en tí y propuesto dejar los vicios con que te has envilecido, los adornos con que has cautivado, las comunicaciones vergonzosas, los trajes con que has provocado á deshonestidad, las galas con que has profanado el templo, el tribunal sagrado acaso, y el mismo altar! *Surgam.* Has formado la resolución de ser buena cristiana y dejar el mundo. *Surgam.* Pero ¿habeis consumado la obra de vuestro arrepentimiento? ¿Habeis imitado al hijo pródigo? ¿Os habeis humillado como él?

Ved aquí el segundo paso de este pecador; no se contenta con formar resoluciones; abandona con seriedad y firmeza los caminos de la iniquidad. ¡Oh pecadores! Cualquiera que seais, aunque hayais sido los mayores blasfemos, aunque hayais entrado en liga con el infierno, no temais; llegaos á vuestro Padre tan luégo como oigais la voz del Señor; no difirais vuestra conversión, pues los momentos de la gracia son decisivos; haced las reflexiones del hijo pródigo; ved la fuerza de la gracia cuando el hombre corresponde á sus llamamientos. Estaba el pobre pródigo encerrado en un establo con las bestias; nada le detiene; abandona aquel lugar inmundo, y toma el camino para casa de su padre: ¡qué presuroso va! ¡Qué decidido! ¿Quién podrá detenerle? Pero ¿qué dirá á su padre, cuya bondad ultrajó con su orgullo? ¿Quereis saberlo? Oid sus palabras: «Diré á mi Padre que he pecado contra el cielo y contra él.» *Pater, peccavi in caelum et coram te.* ¡Padre! He pecado contra esa luz divina que ilumina los entendimientos, contra todos los habitantes del cielo, á quienes he indignado por mis excesos; he pecado contra tí, de quien he querido huir, pero no me ha sido posible sustraerme á tu vigilancia divina; por todas partes me habeis seguido, en todas partes me habeis tenido presente; pero yo pequé sin vergüenza: *Peccavi in caelum*, etc. ¡Oh amados míos! ¿Dejareis de

confesar vuestros crímenes? ¿Preguntareis cuáles son vuestras faltas? ¿Direis que sois buen padre, buen hijo, buena esposa, hombre de bien, y que nada teneis que acusaros? Dejad ese lenguaje orgulloso: áun cuando no hayais ofendido á los hombres, habeis ultrajado al supremo Sér; el pródigo no se confiesa por haber pecado contra los hombres, sino contra el cielo y contra Dios; y tú, hombre impío, que has blasfemado de tu Dios, que has hollado toda práctica de Religion, que has pecado en presencia del que ve todos tus pensamientos, que oye tus palabras, que escudriña los más ocultos movimientos de tu corazon, ¡ah! dí con el pródigo: «Pequé contra el cielo.» *Peccavi in cælum.*

Habiendo empezado una vez á arrepentirse, el pecador se humilla delante de su Padre celestial; despues de haber confesado sus crímenes, se anonada, se postra: «¡Oh Padre mio, ya no soy digno de llamarme vuestro hijo! *Non sum dignus vocari filius tuus.* Renuncio, pues, á todos los derechos que tenía en los dias de mi inocencia; no merezco sentarme á tu lado, ni gozar de tus caricias, ni habitar en un mismo techo contigo; de todo esto me considero indigno; pero ¡oh Padre bondadoso! tratadme como á uno de tus criados, permitidme que viva en alguna de sus chozas; no permitais que lleve los vestidos que me adornaban cuando obedecia tu voz; quitadme estos andrajos, y vestidme como á vuestros esclavos; dadme su pan, no permitais que yo entre al gobierno de vuestra casa; duerma en la dura tierra sobre el arado y sobre la paja; tenga yo el consuelo de regar tu hacienda con mi sudor; dadme el consuelo de cultivar las tierras que os pertenecen.» *Fac me sicut unum de mercenariis tuis.* Hé aquí este jóven humillado; con humildad profunda y sincera, ya hizo por su parte lo posible para corresponder á la gracia. Veamos lo que hace el Padre de las misericordias. Mucho tiempo habia que este Padre vivia en la

afliccion; un hijo le habia quedado, y en todo procuraba agradarle; sin embargo, su hijo ausente acibaraba todas sus satisfacciones, siempre suspiraba por él, y todos los dias salia á mirar al camino por donde su objeto tierno se habia encaminado, y siempre esperaba su vuelta. Amaneció en fin el dia de su consuelo; ve de léjos á su hijo amado. ¡Oh! ¿Qué va á hacer? ¿Juntará á sus servidores fieles para que vayan á prender al hijo rebelde? ¿Mandaré hacer ostentacion de su grandeza, para recibir al hijo criminal y juzgarlo? Ya va llegando el desgraciado; su padre no puede esperar más; sale al camino por donde viene su hijo. ¿Creeis que va á rechazarlo? Le dirá: «Hete aquí, hijo desnaturalizado, que saliste de la casa de tu padre ultrajándolo con tanta infamia y audacia: ¿cómo te atreves á presentarte con esa desnudez que me deshonra?» Pero ¡qué lenguaje tan distinto! Lo ve de cerca, y sus entrañas se rompen de compasion. *Vidit illum, et misericordia motus est.* ¿Esperará por ver lo que hace, lo que dice este hijo desgraciado? ¡Oh, no! Acaso no tendrá valor para presentarse ante un Padre que ha ultrajado; acaso no se atreverá á llegarse al umbral de la casa en donde todo le echa en cara su ingratitud; el Padre, pues, baja, corre, se precipita, echa los brazos á su querido hijo, le da el ósculo de paz. *Et accurrens cecidit super collum ejus, et osculatus est eum.* ¡Oh amados míos! Ved lo que Dios hace con nosotros cada dia; nos toca el corazon con su gracia, lo baña con su uncion divina, y conmueve hasta el cimiento nuestros pensamientos más ocultos; viene á nosotros, y, á pesar de nuestras ingratitudes, nos echa sus brazos al cuello, nos da el beso de paz, como hizo con el hijo pródigo; y entónces fué cuando el pobre desgraciado tuvo fuerza para hablar á su Padre. *Pater, peccavi in cælum et coram te.* «Padre, pequé contra el cielo y contra tí; ya no merezco ser llamado hijo tuyo.» Tal es la fuerza de la gracia; tales son los efectos de la visita

de Dios á nuestras almas. El pródigo no se avergüenza de confesar á su padre sus crímenes; su padre se enternece; el hijo iba á continuar, iba á decir que le tratase como á uno de sus criados, pero no tuvo tiempo para ello: su padre es demasiado misericordioso. «¡Oh, hijo mio, no, no! Yo me olvido de cuanto me has ofendido: entra en casa de tu Padre; vengan mis siervos y traigan el mejor vestido para mi hijo, y vístanlo, traigan el calzado mas precioso, y cubran su desnudez; maten el mejor becerro de mi rebaño, y prepárese un festin, para alimentarlo, y para convidar á mis amigos; alégrese mis conocidos, salte de alegría toda mi casa, porque mi hijo habia perecido, se habia perdido, y lo he hallado.»

Hasta aquí es la parábola, amados míos; digamos mejor, hasta aquí la historia de los extravíos del pecador y la relacion de las misericordias del Señor. El orgullo, la presuncion, apartaron al pródigo de casa de su padre, y despues de haber perdido su primera inocencia, se entregó á la furiosa tempestad de sus pasiones, se envileció, se degradó más que los irracionales; pero del fondo mismo de su miseria sacó motivos poderosos para su conversion; volvió en sí, reflexionó que Dios no le habia dado el sér de hombre para nivelarse por sus desarreglos con los brutos; levantó sus ojos al cielo, y se arrepintió, rompió todas las cadenas que le aprisionaban, abandonó el amo cruel que le habia esclavizado; empezó á caminar para su antigua morada, se llegó hasta los piés de su padre, confesó sus crímenes, se humilló diciendo que no era digno de llamarse su hijo: su padre se movió á piedad, ¿y qué hizo con este hijo rebelde? Mandó á sus ministros que le vistiesen una ropa nueva, le pusiesen un anillo en su dedo, y le cubriesen sus piés. Pero no paró aquí la benignidad del padre; á la misericordia que tuvo con su hijo añadió las demostraciones exteriores de su interior regocijo: sacrificó su mejor ternero, y lo dió al

hijo y á sus amigos, y entre los armoniosos acentos de la alegría se celebró el convite en que el padre, rebosando de contento, dejaba oír su respetable voz: «Cantemos, alegrémonos: mi hijo habia perecido, pero ya se halló; habia muerto, pero ya volvió á vivir.»

¡Qué misterio tan grande encierra esta parábola, amados míos! ¿Quién es este pródigo, y quién es este padre? ¿Qué circunstancias son éstas que se advierten en el hijo pródigo y en la recepcion que le hace su padre? ¡Oh! Yo quisiera que os penetráseis bien de esta verdad: el hijo rebelde es el pecador; el padre compasivo es Dios; las circunstancias de su conversion indican la confesion sacramental; la víctima que se inmola para convidarlo es Jesucristo; los amigos convidados á este festin son los justos; los melodiosos acentos que se oyen en el convite son los de los ángeles, y no lo dudeis, pues, segun dijo el Salvador, más gozo hay en el cielo por un pecador que se convierte, que por las virtudes de noventa y nueve justos, que no necesitan de penitencia. Hasta hoy, pues, ¡oh pecadores! habeis sido hijos pródigos; padres que habeis abandonado vuestras obligaciones, que habeis permitido á vuestros hijos las malas compañías, los libros corruptores, que habeis dejado de enseñar los elementos de la fé á vuestros hijos, como á vuestros criados, que habeis pasado muchos años sin llegaros á los Sacramentos, habeis sido hijos pródigos; madres desnaturalizadas, que mirais la salvacion propia de vuestros esposos y de vuestros hijos con indiferencia, habeis sido pródigos; jóvenes desgraciados, que os habeis entregado al torrente de los vicios, que habeis seguido las máximas de los libros de la filosofía, habeis sido pródigos; mujer profana, lazo que el infierno tiende á los hombres carnales, tú has ayudado á inmolar víctimas á la perdicion, tú te has perdido á tí misma, tú has dejado la casa de tu Dios y te has escapado á los tabernáculos de los pecadores; tú has sido

un hijo pródigo. ¡Oh! Volved, pues, á vuestro Dios, como volvió el hijo rebelde á su padre; no hay otro medio, amados míos; la confesion, el dolor y el arrepentimiento son los caminos para Dios. Esto encierra en sí esta parábola: apenas la gracia tocó el corazón del pecador, volvió en sí, examinó su situación, y la lloró con dolor amargo; vino á su padre, se postró á sus pies, y confesó sus crímenes; ved, pues, las tres primeras circunstancias de la confesion, exámen, dolor y manifestacion de sus pecados; luégo siguen las demás, y el Padre celestial derrama su misericordia. Pero notad que no es Él mismo quien pone á su hijo la ropa blanca: son sus ministros por su órden; éstos son los que oyen las faltas del pecador, y con la autoridad recibida de Jesucristo para atar y desatar, absuelven al criminal, y le restituyen la vestidura de la inocencia; hasta este punto el pecador habia estado en guerra contra Dios, habia faltado á sus juramentos, y en signo de fidelidad se le pone el anillo en su dedo, *date anulum in manu ejus*, le instruye en los deberes que tiene contraídos con su Dios, le ayuda con sus consejos, le fortifica con sus palabras, le da fuerza para caminar al cielo: *et calceamenta in pedes ejus*. Ved aquí el sacramento de la Penitencia; luégo manda el Padre celestial que se prepare el convite para alimentar al alma purificada: «Sube, dice al ministro sagrado, sube á ese altar, pronuncia las palabras de la consagracion, baje á tus manos el Cordero sin mancilla, ofrézcase la víctima, rodeen el santuario todos los justos, entonen sus melodías mis ángeles: dad al pobre pecador ese manjar del cielo, cómalo, para que guste cuántas son las dulzuras de mi Casa, y vea cuán suave es el amor de su Dios.» Ved el sacramento de la Eucaristía.

¡Oh! No temais, pecadores; venid á Jesus; confesad vuestros pecados; si no los declarais al sacerdote, éste no podrá absolveros, ni el Padre celestial podrá mandar

á sus ministros que os vistan la ropa de la inocencia; jóvenes desgraciado, llégate; sabemos que tienes un corazón noble y generoso, y que tu demasiada sensibilidad, propia de almas grandes, te ha conducido á los extravíos de la corrupcion; sabemos que más has pecado por ignorancia que por obstinacion; sé, pues, sensible á tu mismo bienestar; la gloria, el honor y la dulzura se encuentran en este amantísimo Jesus.